

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

RINCONES DE BOHEMIA

Por Federico Villoch

*Tertulias
literarias,*

Restaurants

I



SI como nada produce mayor dolor que recordar el tiempo feliz en la desgracia—nessun maggior dolore, que dijo el Dante—, nada, por el contrario; ocasiona más íntima complacencia que retrotraernos, en la prosperidad, a los años de necesidades y penurias que sufrimos en el pasado; sobre todo, si a ese recuerdo va mezclado el nostálgico y amable de nuestra primera juventud. Asunto de esta postal son esos «Rincones de Bohemia», lugares muchos de ellos ya desaparecidos, en que vivimos un día, o que visitábamos con mayor frecuencia, traídos y llevados por los anhelos y las impacencias que hicieron deslizarse tan velozmente las horas de nuestros primeros treinta años.

Un verdadero rincón de bohemia literaria era el departamento en la planta baja de una casa de huéspedes que existía en la calle de Teniente Rey, entre Prado y Zulueta, frente a donde se halla instalado hoy el DIA. RIO DE LA MARINA, que ocupaban Enríque Hernández Miyares, Aurelio Ramos Merlo, Pio Gaunord, Casal y Arturo Mora como principales inquilinos, asistiendo allí todos los días la falange que empezaba a plumear en las revistas literarias de la época; pero de este rincón hablamos en nuestra vieja postal «Nuestro Barrio Latino», y no queremos insistir en el recuerdo.

Otro rincón, la casa de huéspedes instalada por aquella fecha en los altos de la Farmacia del Cristo, en la plaza del mismo nombre, esquina a la calle de Villegas, donde vivían Catalá y Pichardo, José de Diego, poeta portirriqueño que era también inquilino de la propia casa, nos leía y traducía del inglés las «Margaritas» de Oscar Wilde, acabadadas de publicar en Londres, después de la muerte del poeta; y en su habitación, a la que acudían a visitarlo escritores y poetas paisanos suyos y sudamericanos, sosteníamos animadas y ruidosas discusiones acerca del naturalismo y el realismo que se disputaban entonces el campo de la novela, y el simbolismo, el parnasianismo y el decadentismo, que dividían en grupos hostiles e irreconciliables a la falange poética.

De las reuniones en casa de Diego pasábamos algunas noches a visitar a su paisana la inspirada poetisa Lola Rodríguez de

Tío, que vivía con sus familiares en el Hotel «Quinta Avenida», situado en Zulueta y Dragones, ocupando el apartamento del chaflán de la esquina en el primer piso. Eran unas veladas muy simpáticas. Nos embriagábamos materialmente de café y versos. Era época en que se cantaba por todas partes el lindo tango: «Cariño, no hay mejor café que el de Puerto Rico». A estas reuniones asistía también el poeta asturiano Carlos Cíaño, que gustaba reunirse con la juventud literaria de la época. A Lola le encantaban los romances de Cíaño, y su carácter franco e ingenuo. Su hija Patria, entonces soltera y sin novio, nos recitaba sus primeras composiciones, entre ellas, sus inspirados sonetos de corte clásico, que constituyeron después la especialidad de su musa.

Otro rincón muy visitado y querido por la apoiínea falange era el cuartito interior que el poeta Julián del Casal ocupaba en el patio de la librería «La Galería Literaria», de la calle del Obispo—redacción de «El Figaro»—y que generosamente le había cedido la familia del propietario señor Pozo. La librería de la Viuda de Pozo era en la Habana, lo que la de Fernando Fe en Madrid para los escritores de la corte, punto de cita y reunión de los nuestros: allí caíamos ávidos sobre las cajas, cuando las abrían, mostrando las últimas novedades literarias llegadas por los correos de España y Francia. Casal era extremadamente limpio y ordenado. Resplandecía en aquella celda su lecho siempre cubierto por una sobrecama de cretona de brillantes colores y caprichosos dibujos; su escritorio cómodo, de viejo estilo ochocentista, con su butacón frailuno y un pequeño armario donde guardaba su modesta aunque escogida biblioteca: en todos aquellos meticulosos detalles conocíase al antiguo interno de los jesuitas de Belén.

En aquel cuartito, que era su mundo, vivía Casal entregado por completo a sus ensueños líricos, sin otros emolumentos que los cincuenta pesos mensuales que le pagaba el popular semanario «La Caricatura» por la corrección de pruebas y varias secciones que llenaba en el periódico. ¡Qué contraste! Allí escribió el «Adiós al Brasil», del Empeñador Don Pedro —«Solitario en la popa de la nave»—y el bello y sentido soneto, que gustó tanto, «A mi madre». Debajo del lecho escondía un amplio latón de zinc, que usaba para el baño, y al que llamaba, siempre en sus «Paraísos Artificiales», ¡Mi tina de mar-mol rosa!

Gustavo Escoto, primer dependiente de la citada librería de Pozo, y que después figuró

MONIO
ENTAL

STORIADOR
DE LA HABANA

2

y sonó tanto en el aquel famoso asunto de la carta del embajador español en Wash- ington, señor Dupuy Delome, traja al cuartito de Casal algunos libros para solazarnos con su lectura; era un maravilloso lector, y durante horas enteras oíamos encantados las mejores páginas de Juan Montalvo, de Rodó, de Castro y Serrano, de Castelar, de Pi y Margall; y los sonoros poemas de Núñez de Arce. Aniceto Valdivia también venía con frecuencia a la celca de Casal para leernos sus traducciones de Mallarmé, Banville, Heredia y Baudelaire. El doctor Gonzalo Arós, tegui también era visita diaria, siempre cargado de libros y revistas, pues era un admirador ciego de Casal.

w

Cuando más tarde empezó a imprimirse «El Figaro» en la imprenta de la «Propaganda Literaria», de Don Alejandro Chao, en la calle de Zulueta, donde existe hoy el cabaret «Eden Concert», nuestra tertulia se trasladó a un saloncillo que existía en los altos de aquella casa. Era regente de la imprenta el señor Villegas, criollo, distinto en su carácter, de Laureano el regente del «Aviador Comercial», donde hasta entonces se había impreso el semanario de Pichardo Laureano, con toda su irascibilidad euskara, acababa por hacer siempre lo que quería Pichardo; y en cambio, Villegas, muy dulce y suave hacía, no obstante las peloterías de Pichardo, lo que él quería. En la imprenta de «La Propaganda Literaria» se tiraban los billetes de la Lotería Nacional. En uno de nuestros viajes a España tuvimos el gusto de conocer y tratar, en un hotel de San Sebastián, a la señora Sedano, hermana de Raul y viuda de Alejandro Chao. El mismo día que tomó posesión de la Presidencia de la República Gerardo Machado, un voraz incendio destruyó el edificio donde estuvo «La Propaganda», y en el que se hallaba entonces el Círculo Liberal. Se veía que era aquél un gobierno que iba a dar «mucho candela».

+

Por los años 89, 90, etc., nos reuníamos algunos periodistas, y hacíamos alegre vida nocturna, en una «casa de amigos» que entonces existía en la acera de los impares, en el tramo de la calle de la Amistad, comprendido entre las de San Rafael y San José, y en la que fué cariñosa y cuidadosamente atendido el periodista Pancho Varona Murias, cuando resultó herido en una mano, en el duelo a sable que sostuvo con el también periodista y profesor de esgrima, Agustín Cervantes, su enemigo hasta entonces; y después su más fiel y generoso amigo. El ameno y jocundo periodista Antonio Escobar era uno de los más asiduos visitantes de la casa, en la mesa de cuyo comedor, en aquellas sus enormes cuartillas de papel de periódico, y con sus largos lápices de afilada punta, escribía sus intencionados artículos de «El Popular» y los jocundos números de su semanario «La Cebolla»; Ramos Merlo, el inseparable de Varona Murias, subido en una mesilla de cocina, en el patio, a lo mejor se arrancaba con un vibrante discurs.

so separatista, al oír el cual, más de una vez, un vecino astur, bodeguero, de los de copioso y retorcido bigote y lunar de pelo en la mejilla, cabo de gastadores de voluntarios, con toda seguridad, se asomaba a un balcón que daba al patio, y perteneciente a su bodega, para decirle a Merlo:

—Oe, tú: pareceme que la chirimoya te huele a pólvora.

A lo que Merlo le contestaba, siempre en su tono campanudo:

—Vuestro tribunal supremo de la Corte ha declarado libre la propaganda revolucionaria, señor mío.

Lo que acababa de suceder con motivo de un discurso de fuertes tonos separatistas que había pronunciado Juan G. Gómez en una sociedad de recreo, y que le valió un proceso del que se habló mucho por aquella época.

Discurriendo por las calles de Obispo, O'Reilly y otras de no tanta importancia, nos detenemos a menudo frente a una elegante casa de construcción moderna, donde, por aquel tiempo que evocamos, se hallaban instalados ciertos cafetines y ruidosas fondas baratas, a las que teníamos por costumbre asistir con nuestros compañeros. ¿Quién no recuerda el restaurant Santa Catalina, que se encontraba frente al desaparecido convento del mismo nombre, donde se halla hoy instalado el National City Bank? ¿Quién se ha olvidado de la fondita de Nadal, al doblar de la Manzana de Prado y San Miguel? ¿Quién de la antigua fonda La Estrella—especialidad en picadillo de tasajo con plátano verde frito, chatillos—cuando se hallaba aun en la casona de tejado, que después fué ampliamente reconstruida por sus dueños, y en la que comían barato y en medio de ruidoso vocerío cómicos, agentes y empleados de la curia y el gobierno?

Restaurante

En O'Reilly, entre Compostela y Habana existió durante algún tiempo una fondita que se llamaba «La Primavera», de la que era propietario un joven astur llamado Vicente Cabo, que tenía, entre otros, un dependiente también astur que llamaban Manolo de «Ardueñas», oriundo de la aldea de este nombre, próxima a Rívdeseña, y al que más tarde traspasó Cabo la fonda. Allí se pagaba cuando se quería, y se podía, sin llegar a la exageración, desde luego, de tal modo, que cuando alguien se trasladaba más de lo corriente y se comprendía que abusaba de la bondad del dueño, siempre había uno del grupo que lo llamaba a capitulo, o lo ponía de patitas en la calle, en defensa de los intereses del asturiano, y desde luego de los nuestros. Allí iban a menudo Tinito Cruz, los Cardosos, Juan Antiga, y otros que después figuraron en primera línea en la vida social habanera.

La nota alegre y simpática la daba siempre Juan Antiga, vivaz, ocurrente, ya entonces estudiante de fama, haciéndose apreciar

ANTONIO DOCUMENTAL

de todos por su carácter franco y atractivo; era un ejemplo vivo de la guasa y el choteo criollo, y cuando se entablaba alguna acalorada discusión literaria o científica allí estaba él con el dato preciso y oportuno.

no, dando a entender con ello que sabía y entendía de todo, sin el menor asomo de jactancia ni pedantería. Conocimos a Antiga desde sus primeros años de estudiante en la Universidad de O'Reilly. Sus matriculas de honor lo hacían célebre todos los años, en las aperturas de curso: era el «enfant gaté» del Capitán General Calleja, Gobernador de la Isla. Poco antes de su fallecimiento, acostumbraba a reunirse con varios jóvenes escritores y artistas que celebraban un almuerzo semanal en los bajos del hotel La Fayette, en la propia calle de O'Reilly; y lo mismo que treinta años atrás, era el que sostenía el buen humor criollo con sus salidas y sus chistes. He aquí, estos almuerzos, una vieja postal que recordarán con agrado los «descoloridos del futuro».

De Antiga recordamos, además de sus guasas de estudiante, sus risas y bromas en la Acera del Louvre, sosteniendo por las tardes largos y ruidosos diálogos con Antonio Escobar, a las puertas del «Cosmopolita». Era delgado, más que de mediana estatura, triguero, de pelo negro, de sueltos y vivos ademanes; perfil fino y correcto. Su carácter vivo le impulsaba a tomar soluciones rápidas e inmediatas. Casado en segundas nupcias, y sólo para defender los intereses un tanto embrollados de su esposa, se hizo licenciado en leyes, por enseñanza libre, en unos cuantos cursos. Disfrutaba unas vacaciones en su carrera diplomática, en la que hacía poco había ingresado, cuando falleció apenas hará dos años, súbita e inesperadamente, después de un alegre almuerzo entre amigos. Dios no quiso que aquella buena alma pasase por las molestias de una larga y dolorosa enfermedad.

De Colín de Cárdenas se dijo que era el «último criollo»; de Juan Antiga se puede decir que fué «el último habanero».

A poco de pasar a ser dueño de la fonda de Vicente Cabo, el dependiente Manolo de Arduelas, empezó éste a constituirse en Mecenas de los periodistas y escritores que a aquella acudían, y tal parecía que impulsado por esta idea había adquirido la propiedad del establecimiento. Se encantaba con nuestras disputas literarias, arrojándose

hambriento sobre las revistas y libros que dejábamos olvidados sobre las sillas, y que devoraba en acuciosa lectura. El mejor presente que se le podía hacer era un buen montón de periódicos, de los que entonces se publicaban, el «Madrid Cómico», el «Blanco y Negro», el «Nuevo Mundo» y otros por el estilo.

Un día llegamos a almorzar a la «Primavera» pasadas las dos de la tarde, siendo por eso los únicos que ocupábamos el primer cuarto, que era donde teníamos la costumbre de citarnos los del grupo. Aprovechando la ocasión, por lo que luego comprendimos Manolo de Arduelas se nos acercó misteriosamente para decirnos:

—Usted, que es de los más serios—siempre lo parecimos a causa de nuestro aspecto exterior, la barba cerrada y la costumbre que mantuvimos por largos años de vestir completamente de negro—usted, que oye y aconseja a todo el mundo—también teníamos fama de predicadores, cuando es lo cierto que jamás nos interesó ni nos preocupó en lo más mínimo la vida ajena—, usted, que sabe de versos—ahí no iba muy desencaminado el amigo de «Arduelas»—debía leer una cosita que he escrito; y darme su parecer...

—¿Que tú has escrito—le contestamos, en medio del mayor asombro.

—Sí, señor; yo la he escrito.

—A ver...

Y sacando del bolsillo una hoja de las que se usan en las fondas para la nota de los marchantes, nos mostró escrito en su reverso ocho o diez renglones cortos, al principio de los cuales había estampado con le-

... algunos trabajos artísticos de importancia, volviendo después a Cuba, ya enfermo, para morir a los pocos meses de una traidora tisis galopante. También vivía allí, en continua disputa con la arrendataria por falta de pago del alquiler, un tipo azás pintoresco y muy conocido en aquella época—botellero de Albisu—llamado Gustavo G. de Montenegro—tal vez no se llamase así—que gozaba de cierta fama de valentón populachero por haber sostenido un duelo a espada, nada menos que con Varona Murias, del que resultó con un arañazo en la frente, que él hacía de mayor importancia cubriéndolo con una enorme tira de esparto drapo. Era de pequeña talla, usaba unos chaqués de alpaca de largos faldones, bombín ceboso y zapatos bajos de becerro, que dejaban ver los calcetines, color crudo, ori-

Arduelas

4

llados de betún. Malvivía de hacer retratos al creyón; y al fin, acosado por la miseria y la trampa, se fué de la Habana de marino en una goleta contrabandista que lo desembarcó en Guatemala, donde cuéntase que se casó con la hija única de un cafetalero millonario, viviendo en la mayor ostentación y dando frecuentes viajes a Europa...

También vivía en uno de aquellos cuartos de la azotea un periodista madrileño de mucha gracia, apellidado Campuzano, que escribía en el periódico «La Unión Constitucional», y que se pasaba ebrio la mayor parte del tiempo: unas veces acababa sus artículos, y otras no; por lo que él decía que, a semejanza de su autor, no estaban seguros de «pies». En la habitación de Montenegro vivía con él otro bohemio empedernido, llamado Gerona, repórter a ratos, bebedor continuo, y algunas veces padrino y «arreglador» de aquellos desafíos que con frecuencia se realizaban entonces en la Habana. No había ruidosa francachela, ni al muerzo, ni banquete de bulla en que no figurase Gerona, viviendo siempre a la sombra de algún alto empleado de la Aduana, de cuyos «chocolates»—chivos—decíase que era el valioso agente. A menudo se le veía manejando buena cantidad de centenes. Al cabo, el general Sabas Marín lo mandó para España, en una de aquellas cuerdas de agentes y empleados prevaricadores que con frecuencia ocupaban los camarotes de los vapores correos de la Transatlántica Española.

En plena libertad de ropas, y vagabundeando por los tejados, vivía también allí, en el cuarto del mirador, un músico chileno, pianista, que tan pronto se apellidaba Ynguanzo, como Ezaurre, como Gorostiza—nunca se supo en definitiva cómo se llamaba—descendiente, según se decía, de una rica familia de Valparaíso emparentada con el presidente Balmaseda, y a cuyo cuarto subía la tropa algunas noches para solazarse oyéndole tocar al piano unas piezas tan bellas como raras, y también para bailar con unas modistas que vivían en unos cuartos de la azotea vecina.

Un día vimos bajar al pobre chileno, que se había quedado, después de una semana de enfermedad, en los puros huesos, en brazos de dos fornidos asistentes de un asilo de locos; y después supimos que había muerto en la Quinta del Rey, del doctor Jover situada en la Calzada de Cristina. Después

de su muerte se encontraron en un viejo baúl de cuero, que con el piano alquilado, un mal catre, un par de sillas desfondadas y un palanganero cojo constituían todo su mobiliario, una porción de pliegos de papel pautado llenos de música manuscrita, los cuales fueron arrojados a la basura, y que acaso contuvieran inspiradas creaciones del artista, ignoradas y perdidas para el mundo. Arturo Quiñones, que vivía allí próximo, en la calle de Aguacate, y que además de pintor era un excelente violinista, y con ello se ayudaba la vida en las orquestas teatrales y de conciertos, venía a acompañar al chileno al violín, algunas veces; y cuando nos veía como sorprendidos ante aquellas cosas raras que ejecutaban, nos decía en tono entre burlesco y profético, como si presintiera a Stravinski:

—Música del porvenir.

También murieron los hermanos Arturo y Santiago Quiñones, muy populares y conocidos entre los jóvenes artistas de aquella época. Santiago fué durante largo tiempo caricaturista y dibujante de los periódicos «La Caricatura» y «El Mundo».

Así como existían estos rincones de bohemia artística y literaria, también los había consagrados a la política conspiradora, en los que se mantenía vivo y latente el ideal separatista. De uno de ellos vamos a ocuparnos.

En la calle de Gervasio, tramo comprendido desde Dragones hasta Reina en la acera de los pares, existía por aquellos años del 85 al 95, unas viejas casitas de tejado tipo colonial, en una de las que vivía una familia llamada Armenteros, que se había consagrado en cuerpo y alma a propagar y mantener entre nosotros los ideales del Apóstol, al que conocían personalmente y trataban en Cayo Hueso, cuando el «hombre de Cuba», como el padre de dicha familia llamaba a Martí, iba en excursión de propaganda política a aquel lugar, refugio de conspiradores y revolucionarios cubanos.

La familia de Armenteros hablaba de Martí con la misma unción y convencimiento con que lo hacían los apóstoles de Jesús. Juan Francisco, el hijo mayor, se sabía párrafos enteros de sus vibrantes discursos. Guardaba como un tesoro su nombramiento de teniente que le había dado el propio Martí, para cuando estallara la revolución, distante por aquella fecha unos ocho años, y que él siempre daba por segura «el año que

5

viene». Gustábase hacer ejercicios de fuerza, y tirar al aire amplias y descomunales brazadas, decía él, que para saber manejar el machete en su oportunidad. Don José, el padre, era el verdadero y clásico tipo del criollo antiguo: menudo, nervioso, trigueño, ojos y cabellos negros como las alas del cuervo; por lo general vestido de pantalón blanco, chaquet de alpaca y recortado sombrero de jipi-japa. Su hijo Juan Francisco a quien conocimos en el Instituto estudiando el tercer año de bachillerato, era también pequeño, pero rechoncho. Hablaba y vivía como un iluminado, sugestionado por su ideal, hablando siempre en parábolas, como los escritos del maestro, y repitiendo siempre que lo creía oportuno un sinnúmero de composiciones poéticas de nuestra era de oro, de Zenea, Heredia, Plácido, Luaces, Fornaris. De éste tenía siempre en los labios aquella oda al General Serrano, con motivo del entierro de Don José de la Luz, que entonaba con voz potente y campanuda, marcando cada palabra del verso como si fueran sonoros martillazos:

¡Jamás mi lira altiva en tus palacios
sus ecos dilató!...

La madre, una taita criolla, dulce, buena, generosa, dispuesta al sacrificio por su Cubita, y sus dos hijas, lo mismo que todo los demás miembros de la familia, vivían del torcido del tabaco; y eso—tabaqueros—y nada más, eran para las autoridades españolas cuando se agitaban las sospechas y las denuncias, siendo en el fondo los que conspiraban el lazo de unión entre los conspiradores de la Habana y los de los Estados Unidos.

En aquella casa se hablaba siempre en sor-dina, mirando a derecha e izquierda con recelo, mintiendo por fórmula y por costumbre a causa del más fútil motivo; negando que había estado allí la misma persona a quien había acabado uno de ver salir; y de tal manera era esto una consigna, mientras residía la familia aquí en la Habana, y en aquella casa de los misterios, que la madre, la taita, siempre con dolores de cabeza motivados por las excitaciones nerviosas, nos decía:

—¡Ay, hijito, qué ganas tengo de irme para el Cayo, para vivir de verdad!

Allí iban muchas veces Manuel de la Cruz, los dos hermanos Sanguily, Juan Gualberto Gómez, Carlos Figueredo, Lacret, etc., etc. De allí vino nuestra amistad con Manuel de

la Cruz, al que le debemos en uno de sus eruditos e interesantes obras literarias, elogios tan sinceros como inmerecidos. En aquella época empezó a escribir De la Cruz sus «Cromos Cubanos», algunos de cuyos brillantes capítulos nos leía en casa de los Armenteros; oyendo los cuales se le caían las lágrimas a Juan Francisco. Cuando al cruzar por el «Paseo de Martí» vemos el busto que el cariño de Carlos Manuel ha levantado en aquel sitio a la memoria de su padre, recordando el talento de Manuel, y su devoción por Cuba, nos decimos: —Pocos como tú lo merecen.

Una noche el joven Armenteros nos llevó a uno de los cuatro pabellones que forman esquina en el antiguo mercado de la «Plaza del Polvorín», para presentarnos a una familia venezolana, arrojada de su país, creemos, que por el Presidente Crespo, y que vivían también como los Armenteros de misterios y conciliábulos.

—Bueno ¿y qué?—le preguntamos a Juan Francisco, cuando dejamos el pabellón en que vivían los emigrados de Venezuela.

—¿Cómo y qué?—nos contestó, con aquella firme convicción en que vivía de que nuestra guerra de independencia iba a estallar de un momento a otro. —Estos vienen aquí para ponerse de acuerdo con la Junta, y prestar nos en su día la cooperación de su esfuerzo.

Y como alguien le preguntase que en qué iba a consistir aquella cooperación, nos llevó a un lado para decirnos, con el misterio y la vehemencia de costumbre:

—Pues en diez mil lanceros venezolanos que vendrán a morir aquí, por la sagrada causa de nuestra libertad.

Puro criollo, confiando siempre en una ayuda fantástica para la culminación de sus propósitos. Con la tercera parte de aquellas lanzas hubieran tenido de sobra los infelices emigrados, para libertar a su patria del tirano.

En aquella Plaza del Polvorín existía otro rincón de bohemia que no queremos echar al olvido: la fonda, el restaurant, casa de comidas o como quiera llamársele, que daba hacia la parte que mira hoy frente a la estatua del Presidente Zayas, y entonces a un negro y desierto descampado que alumbraban algunos macilentos faroles de gas, llamado «Los Industriales», donde de madrugada se cenaban los pescados y mariscos mejores y más frescos que se comían en la Habana, y donde acostumbraban a reunir.

se algunos músicos y actores de nuestros teatros, no pocos periodistas, y algunos conocidos noctámbulos. Era el «pendant» de la Bodega de Alonso. Recordamos con dulce tristeza aquel tranquilo período histórico—del 85 al 95—en que no había guerra en ninguna parte, no siendo la espectacular de Melilla, donde murió el general Margallo; ni enconadas luchas políticas y sociales, no siendo las discusiones electoreras entre autonomistas y conservadores. Los éxitos políticos y pecuniarios del periódico «El Popular», que dirigía Antonio Escobar, se celebraban con esplendidez en «Los Industriales», figurando en aquellas alegres cenas de madrugada Ramos Merlo, Julio Po, el Chato Mora, y desde luego, el chispeante y popular director del periódico. Estos bohemios de la política, como los otros del arte ¿llegaron alguna vez a ver realizados sus ideales, y lo que es más difícil, a gozar de su triunfo, con la amplitud que su sacrificio merecía? ¿Recordarán, los que viven, aquellos sitios en que gustaron la suprema dicha de la esperanza, y vivieron la vida inmaterial de las ilusiones, que es la más real e intensa de todas? Todavía Puccini no había escrito su ópera «Bohemia»; pero nosotros ya la presentíamos, y la cantábamos...

Del 30 de Junio 30/40



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA